

V

El amor y el interés

HORA que no tengo qué hacer, voy un momento á la casa del señor Mondragón, decía Feliciana á Inés, poniéndose un pañolón para salir á la calle.

- Está bien, mamá, supuesto que tú y Pablo se han empeñado en eso; pero por Dios que no vayas á hacer una imprudencia.
 - No tengas cuidado, que yo estaré muy prudente.
- No vayas á hablar de tu negocio más que á la señora de Mondragón.
 - Sí, á doña Matilde, que ya debe estar muy grande.
- Y no la hables delante de nadie, y mucho menos del señor.
 - Por supuesto.
 - Bueno; pues anda, y no tardes, que me quedo sola.

 184

- No tardaré, hija; hasta luego.

Salió Feliciana: Inés se quedó sola; y por aprovechar el tiempo, se puso á estudiar un papel nuevo que había recibido, en una comedia que debía estrenarse dentro de pocos días.

Media hora permaneció completamente entregada al estudio, cuando oyó llamar en la puerta del corredor.

— Adentro, dijo negligentemente y sin apartar la vista del papel.

Don Celso entró á la pieza.

Desde la tarde aquella en que don Celso conoció á Inés, no había dejado de perseguirla; se había hecho llevar á su casa, y de una en otra visita, y frecuentando más y más la amistad, se convirtió en lo que se llama una persona de confianza: allí, como en todas partes, pasaba don Celso la plaza de un hombre de bien, honrado á toda prueba, y caritativo como un San Vicente de Paul; siempre dando á Inés buenos consejos sobre la vida real ó sobre la carrera de las tablas; siempre pendiente de lo que podía faltar; siempre adivinando hasta sus menores caprichos.

Don Celso creía que en las mujeres, la costumbre del continuo trato llega á engendrar el amor ó á destruir, al menos, la repugnancia de un enlace desproporcionado por la edad. Sentía por aquella muchacha una pasión tan profunda y tan ardiente como no la había experimen-

tado nunca; no había sacrificio que no se considerara capaz de hacer por ella; estaba decidido, si de otro modo no podía conseguir su amor, á casarse con ella.

Aquel día le pareció á propósito para declararse. Inés estaba sola, y más hermosa que nunca; se sentó á su lado, y comenzó á empeñar la conversación.

- Siempre estudiando, niña.
- Siempre, don Celso, esta es mi vida: estudiar muchos días lo que tengo que decir una sola noche.
 - ¿Pero esa vida no le fastidia, no le cansa?
- Aunque me canse, ¿qué he de hacer? no tengo otro modo de vivir.
 - Usted tan hermosa...

Inés miró con tal intención á don Celso, que éste se ruborizó.

- No sé por qué, una mujer bonita y honrada no ha de poder ser pobre, le contestó.
- Inés, usted es joven, bella, virtuosa; usted podría hacer la felicidad del hombre que la llamara su esposa.

Inés suspiró pensando en Pablo.

- Señor don Celso, no se casa uno cuando quiere, sino cuando puede.
- Es que hay como usted, mujeres que cuando quieren pueden.
 - ¿Lo cree usted así?
 - Por supuesto: yo conozco una persona, que sería el

más feliz de los mortales el día que pudiera llamar á usted suya, delante de Dios y de todo el mundo.

Cuando se tiene una idea fija, todo cuanto se oye se aplica á esa idea, se piensa que tiene relación con ella: Inés lo menos que se figuró fué que don Celso se declaraba, y creyó la pobre niña que el hombre de quien le quería hablar don Celso era Pablo: sus ojos brillaron de alegría, y una sonrisa se dibujó en sus delgados labios.

Valdespino creyó que Inés había comprendido la alusión y que la recibía con gusto.

- Sí, Inés, continuó: yo conozco á ese hombre que anhela ser su esposo; no es un joven, pero es un hombre de buena edad; es rico, bastante rico: usted podrá satisfacer hasta sus menores caprichos, y se retiraría usted de esa carrera que no le produce más que penas.
- Pero ¿dónde está ese hombre? ¿por qué no se decide á casarse conmigo? dijo Inés, pensando todavía que se trataba de Pablo.
- Inés, ese hombre aún no se atreve á declararse, porque su respeto por usted es tan grande como su amor: sus intenciones son santas; pero teme un desaire, porque usted es muy delicada, y siempre dice que no es digna de dar su mano á un hombre rico y bien colocado.
 - Pero de esa manera jamás llegaremos á entendernos.
- Bien, Inés: ¿entonces usted le autoriza para que se atreva á presentarse pidiendo á usted su mano?

- -Si.
- Pues Inés, ese hombre, ese afortunado, que no espera más que su consentimiento para llevarla al altar, soy yo; yo, que amo á usted, que soy libre, que soy rico, que puedo hacerla feliz.
 - -; Ah! exclamó Inés.
- No se espante usted, Inés: es verdad que no soy joven, que mi figura no podrá haberla prevenido en mi favor; pero he querido que usted me tratara mucho, antes de hacerle la confesión de mi amor: usted me conoce, sabe que soy un hombre honrado, de buen carácter; piénselo usted, Inés, porque creo que le conviene...
 - Pero si yo... no ... of you had below bribles of o -
- Inés, usted habrá conocido su posición: hoy tiene usted una bonanza, porque está de moda; mañana tal vez no tendrá usted ni quién la quiera contratar. El público es muy caprichoso; usted está sola en el mundo; mañana sucumbe usted á una pasión, que sólo tendrá por consecuencia, la deshonra y la vergüenza; la carrera que sigue usted es tan peligrosa, como ninguna otra; los hombres son astutos: usted está en la flor de su edad y de su inocencia. Créame usted, Inés, las mujeres no cobran experiencia, sino á costa de su honra y de su tranquilidad, y cuando logran tenerla, es cuando ya para nada les sirve.
 - Pero señor don Celso, cuanto usted dice es la verdad;

y sin embargo, yo, que le quiero á usted tanto como amigo, no le puedo querer como esposo.

- Lo comprendo en estos momentos, Inés, porque sólo ve usted mi figura, porque está usted enamorada de Pablo, ese joven tan elegante y tan simpático, pero que no la puede hacer feliz; ¿qué espera usted de él, por más que usted le ame, y que él ame á usted? ¿Usted cree, Inés, que su familia, que él mismo, tan bien relacionado en la alta sociedad, la reciban para presentarla como su mujer, ante esa misma sociedad tan llena de preocupaciones? Hable usted la verdad, ¿lo cree?
 - No señor.
- ¿Se decidirá usted á ser hoy su querida, para que mañana la abandone deshonrada y sola?
 - ¡Nunca, nunca!
- Entonces ¿ qué espera usted? Sacrificar sin provecho su juventud, consumiéndose en ese amor imposible; y el día que él, cansado de ese papel que representa y que no es el suyo, desaparezca, encontrarse usted sin más porvenir que la miseria ó la prostitución.
 - -; Oh, no me diga usted eso, por Dios!
- Sí, hija mía, debo decírselo á usted por su bien, porque yo la amo sin interés; porque ofrezco á usted el porvenir y la felicidad. Pablo ama á usted, y le dice mil cosas que le llegan al corazón; ¿pero usted está segura de que no dirá lo mismo á otras muchas?

- Sí, sí estoy.
- No sea usted niña. Pablo es un hombre que frecuenta las casas más elegantes y más aristócratas de México: allí, en donde hay tantas mujeres, tantas jóvenes hermosas cubiertas de seda, de crespón, de pedrería: esas jóvenes, tan orgullosas con sus riquezas y con su hermosura, que se creerían ofendidas con sólo que les propusieran ir al teatro en que usted representa: ¿usted cree que esas mujeres serán indiferentes á los ojos de Pablo?

Inés lloraba; don Celso continuó:

— Pablo es lo que se llama en la sociedad y entre las muchachas, «un buen partido:» las más bellas se sentirían dichosas si él las pretendiera. ¿Cree usted que teniéndole á su alcance, le dejen de atacar con ese insinuante disimulo que saben, cuando quieren, emplear las mujeres todas? Y Pablo se dejará querer: los amantes de Teruel no son ya de estos tiempos; y aunque me sea doloroso el decírselo á usted, quizá, quizá, Pablo se avergonzaría delante de esas muchachas del gran tono, si llegasen á sospechar siquiera que había puesto los ojos en usted.

A Inés la ahogaban los sollozos.

— Yo, continuó don Celso, soy rico: á mi lado nada tendrá usted que envidiar; nadie podría oponerse á nuestro enlace; y una vez que usted llevara mi nombre, usted se presentaría en la sociedad, vengándose con su lujo y su hermosura de esas mismas mujeres que ahora se reirían

con el más alto desprecio de usted, si supieran que se había atrevido á amar á Pablo; porque usted, para ese hombre, puede ser cuando más el juguete que le sirva para satisfacer un capricho, pero un capricho del que se aver-



gonzará ante esas mujeres asistócratas que él enamora en las horas del día, que son muchas, y en que no está aquí.

-; Basta, basta, don Celso! dijo Inés dejando caer su cabeza sobre el papel que tenía en la mesa.

— Inés, no se affija usted: lo que yo le digo es la verdad; pero usted es libre; si usted lo reflexiona, y acepta

mi mano, aquí estoy, y prometo hacerla rica y feliz; pero si usted consiente en seguir haciendo ante el mundo y ante usted misma, el papel ridículo que ahora representa, y se empeña en destruir su porvenir, yo respetaré su voluntad. Por ahora la dejo: consulte usted con doña Feliciana, con el mismo Pablo, si usted quiere, y mañana volveré por la resolución de usted.

Salió don Celso, y la joven quedó anegada en llanto, sin levantar siquiera la cabeza.

Pocos momentos después se abrió de nuevo la puerta, y Pablo se presentó.

- Angel mío! dijo Inés arrojándose en sus brazos.
- Inés, alma mía, ¿qué es esto, qué tienes, qué te pasa, por qué lloras? Dime.
 - -; Ay, Pablo mío, soy muy desgraciada!
 - ¡Desgraciada! ¿por qué?
 - No, no puedo decírtelo.
- ¿No puedes? ¿y por qué, vida mía? ¿Es acaso alguna cosa que me ofenda? ¿es alguna desgracia que yo no pueda remediar? Dímelo. Jamás has tenido secretos para mí; esto debe pesarte mucho, mucho: ¿por qué lloras tanto?
 - -Pablo, Pablo, mucho he llorado y lloraré toda mi vida.
 - Pero dime, luz de mis ojos, dime. ¿qué te apena?
- ¿Qué? Que es necesario que todo termine entre nosotros.
 - Que termine! ¿y por qué?
- ¿Crees, Pablo, que podemos seguir así? ¿No miras el porvenir que me espera? ¿no comprendes lo que yo padezco cuando pienso que tú no puedes ser mío, que tú serás de otra mujer, tal vez sin poderlo evitar...?

- Pero esas ideas no son tuyas, Inés: alguien ha venido á destrozar tu corazón con algún fin diabólico: ¿quién te ha dicho que tú no puedes ser mi mujer, que yo no puedo ser tuyo?
 - Yo, que lo comprendo...

Feliciana entró de la calle en este momento, y sin comprender lo que pasaba, se dirigió á Pablo.

- Buenas tardes, don Pablo: ¿á qué no sabe usted de dónde vengo?
 - ¿De dónde? dijo Pablo distraído.
 - De la casa de Mondragón.
 - ¿Y qué ha sacado usted en limpio?
- Nada, como quien dice: que la señora doña Matilde murió hace muchos años; pero su mamá, que también estuvo entonces en la hacienda, vive, pero no la vi; pero en la casa de Mondragón me pasó una cosa célebre: yo que pregunto por las señoras, y una limosnera que estaba en la escalera, dice: «¿usted se llama doña Feliciana, dice, que vivía por los Llanos?» dígole: «Yo soy»; dice: «pues tengo que confiarle á usted un secreto»; dígole: «bueno ¿y cuándo?» dice: «esta tarde á la oración, frente á la puerta de Santa Catarina»; dígole yo: «bueno» y dice: «no falte usted»: y no más, y me vine.
 - -¿Por supuesto irá usted?
 - Dentro de un rato, que son ya las cinco y cuarto.



VI

La madre y la hija

L sol de la libertad comenzaba ya á levantarse majestuoso y brillante en el cielo de la República: los últimos batallones franceses habían salido de Veracruz; unas en pos de otras, se colgaban en la moharra de la bandera de México las coronas de la victoria, y el Imperio, agonizante, hacía el supremo esfuerzo al encerrarse el archiduque Maximiliano dentro de las trincheras de Querétaro.

La nación se levantaba en masa; y los ejércitos republicanos no eran ya aquellos puñados de hombres desnudos, hambrientos, inermes casi, que hemos visto en los años anteriores: brillantes divisiones perfectamente armadas y provistas de todo lo necesario se habían levantado por todas partes y por todos los caminos, como inmen-